



El dibujo que no entraba en la agenda

Camila tenÃa diecisiete años y era la tÃpica chica que todos admiraban por lo responsable que era. Siempre llegaba puntual, sus carpetas estaban tan prolijas que brillaban, y no habÃa examen que no preparara como si fuera el más importante de su vida.

Pero hacÃa semanas â??quizás mesesâ?? que algo no estaba bien.

Los ojos le temblaban cada vez que pensaba en el ingreso a Medicina, y el coraz \tilde{A}^3 n se le aceleraba cuando alguien le preguntaba: \hat{a} ?? $\hat{A}_{\dot{c}}$ Y vos, qu \tilde{A} © vas a estudiar?

Camila querÃa ser médica. Lo deseaba con todo el corazón. Pero detrás de ese sueño tan grande, habÃa un miedo todavÃa más grande: el de no ser suficiente.

Y asÃ, entre resÃomenes, simulacros y agendas llenas de resaltadores de colores, Camila empezÃo a desaparecer. No del todo, no fÃsicamente. Pero sà de las cosas lindas: de los juegos con su hermana menor, Sofi; de las charlas sin apuro con los abuelos; de las meriendas largas con sus papás; de las canciones que antes cantaba en la ducha.

Un dÃa, Sofi entró sin golpear a la habitación de Camila. TraÃa una hoja con un dibujo lleno de colores. HabÃa dos chicas, una grande y una chiquita, bajo un árbol enorme, tomadas de la mano.

â??Soy yo con vos â??dijo Sofiâ??. Pero vos nunca estás. Siempre tenés cara de cansada y te decÃs cosas feas. Yo quiero a la Cami que se rÃe.



Camila no supo qué decir. Se quedó mirando ese dibujo. No habÃa carpetas, ni apuntes, ni notas. Solo un momento que se estaba perdiendo.

Esa noche, después de mucho tiempo, Camila no estudió. Bajó con Sofi a hacer pochoclos y vieron una pelÃcula con sus papás. Al dÃa siguiente, habló con su mamá y le dijo que se sentÃa muy presionada, que tenÃa miedo de fallar. La madre la escuchó, sin apuro, sin juzgarla.

â??Hacer las cosas bien estÃ; buenÃsimo, Cami â??le dijoâ??, pero si te cuesta tu salud, no vale la pena. El mundo no se termina en una nota. Y vos no sos solo tu promedio.

Buscaron ayuda, y Camila empezó terapia. De a poco, aprendió a respirar antes de estudiar, a frenar sin culpa, a ponerle un lÃmite a las exigencias que se ponÃa ella sola.

No dejó de estudiar, pero sà empezó a vivir mientras lo hacÃa.

Por las tardes salÃa a caminar con Sofi. Los domingos almorzaba con sus abuelos. Volvió a escuchar música, a reÃrse, a recordar que era mucho más que una alumna aplicada.

El dÃa del ingreso, entró al aula con el corazón tranquilo. SabÃa que habÃa dado lo mejor, pero sobre todo sabÃa que, pasara lo que pasara, ella iba a estar bien.

Porque habÃa aprendido que cuidar los sueños estÃ; muy bienâ?¦ pero cuidarse a una misma es imprescindible para llegar a ellos.